

Los pasos perdidos. Un viaje

Germán Gaviria Álvarez*

Escritor colombiano

Ganador de la Beca Internacional de Artes, Colcultura, 2002

Cuando el río Atabapo dejó de teñir de té el Orinoco, desee que el río se estrechara, que hubiese signos claros de ir hacia arriba, donde las falsas líneas paralelas hallaran, para mí, el encuentro geométrico de demandas los ascensos. Pero el río seguía ancho, desmesurado, sin nada que indicara que se fuera a estrechar nunca. Los árboles continuaban inclinándose para saciar su perpetua sed de verde, las aves aparecían de vez en cuando, el sol quemaba y las murallas de basalto de la Segunda orilla se alargaban en el brillo del agua. El verde se acentuaba, los árboles aumentaban su tamaño, a los caños y desembocaduras no llegaba luz, y en el cielo la soledad crecía como el silencio de esa familia que hablaba poco, que pasaba de hora en hora una jarra de plástico cargada de mañoco y agua de río, que me miraba como a la expectativa de algo o no entendía mis palabras. El Padre Río dictaba el color y el sentido de esa geografía, y a cada tramo afirmaba su fuerza. Mas el aire había cambiado, como las raíces de la vegetación que invadían cada grieta de agua, como las aves que despegaban desde recodos insólitos donde no parecía haber asidero, nido ni tronco arrastrado, como mi seguridad de estar en un territorio distinto a pesar de continuar en el mismo río, en la selva que días atrás intuyera o hubiese visto de lejos, y los matices que el aire sin tacha hace lucir sin engreimiento de paleta alguna, me aplastaron sobre los barriles de gasoil respirando sin esfuerzo, chupando aire por la piel, como si los sentidos hubieran trocado sus roles y con aquello que sentía, respirara; con lo que oía, el cerebro mandaba ver sin usar los ojos, y con lo que pensaba, el cuerpo ordenaba saborear.

* Fragmento del libro homónimo sobre la génesis de *Los pasos perdidos* de ALEJO CARPENTIER que será publicado por Monte Ávila de Venezuela en 2004.

Después de Santa Bárbara del Orinoco, frente al cerro Yapacana, donde nos detuvimos a buscar alimento, le pregunté a Lucas cuánto faltaba para llegar a La Esmeralda. Me dice que no vamos para La Esmeralda —y su voz es una sentencia, no serán dos o tres días, sino cuatro y medio, hasta Acanaña, a unas horas de Culebra, más o menos. Habla a media lengua del Cunucunuma, pero él conoce a alguien en Culebra, que me llevará en un momento a La Esmeralda. Luego de preguntarme si tengo hambre se adentra en el caserío de mineros. La familia, que por primera vez ha descendido, se ha sentado en una laja y habla. Una de las mujeres susurra en makiritare una canción a una niña de tres o cuatro años. La otra, deja que su niño, de más o menos la misma edad, vague por ahí, detrás suyo, mientras ella saca las ollas, las lava en el río, y queda a la espera del alimento que debemos traer. Willy, el joven con quien venía hablando del servicio militar, me dice que sigamos a Lucas; por allí hay comida. Antes de atracar, me ha mostrado el Yapacana, y ha dicho que cuando prestó el servicio, estuvo en la mina, a cuatro horas de camino entre la selva. Pero yendo tras Lucas miro pasar a El Brasileiro. Sonríe mucho, no es muy alto y de su cuello cuelga un mecate de oro cuyos dijes son dos latas del mismo metal, tamaño, grueso y labrado, de una cajetilla de cigarrillos aplastada. En la piel, desde la frente hasta los tobillos desnudos, unos turupes negros oscurecen y espinan su piel torrefacta. Pienso que ninguna mujer aceptaría su trato ni por uno de aquellos relicarios burdos y costosos, y que en ese sentido en mucho se parece al Leproso de la novela¹, aquel ser destruido por el hambre de riqueza, por la práctica abyecta de la minería. Willy no le ha sonreído, quiere seguir hacia donde está la comida y me hace un gesto para que lo siga. Pero El Brasileiro nos detiene. Lleva un morral pequeño y con su mano ahora metida en él, nos ha medido con la sonrisa y su ofrecimiento de oro. Willy no va a comprar oro, yo no voy a comprar oro, nadie va a comprar oro. El Brasileiro nos mira con desprecio y nos deja ir. ‘Tenía un revólver ahí, y no mire a nadie que aquí todos andan armados’, dice Willy, y ni siquiera quiere atajarse ante dos niñas que llevan en un palo un papagayo grande como la mitad de sus cuerpos. Son hijas de un minero que trabaja del otro lado del río, en la mina del Yapacana. Detrás de ellas, bajo un árbol mediano desahuciado por el clima, una bandada de mariposas amarillas me hace

.....
Estoy frente el Espinazo de la
Noche y pienso en que si la Tierra
fuera transparente, vería cada día
de mi vida, a simple vista, que
éste nos rodea por completo y a
lo mejor sería consciente de la
eternidad.
.....

¹ *Los pasos perdidos.*

pensar que jamás escribiré sobre ellas, de ser tan corriente y sabido en tantos libros. Y más adelante, donde los desperdicios recuerdan que en estos lugares apartados vive el hombre con costumbres de ciudad, vemos que Lucas negocia con el tendero. ‘¿A usted no le han contado de la Dos Machos?’, pregunta Willie, deteniéndonos a unos pasos de Lucas. No se conoce su nombre y después de balear a un minero sosteniendo un revólver en cada mano, nadie se atreve a molestarla. Le dicen ‘Dos Machos’ por ceñir dos revólveres, y por llevar a cuestras dos muertos. Willy mira en las pocas churuatas que componen el caserío, como si deseara mostrarme a Dos Machos. Lucas nos ve y mueve la cabeza hacia los lados. Llevamos tiempo sin más alimento que el mañoco y el sol que parece ampliar, a cada hora, su escala de fundición, pero salimos sin afán de sentirnos pobres al no poder entregar, por un kilo de mala carne, gramo y medio de oro.

La Cruz del Sur llegó primero, hacia el oeste, luego apareció Orión, Venus, Marte, Saturno, la carta astronómica que doscientos años atrás no le impidiera decir a Humboldt que ‘la luz de los planetas estaba singularmente desvaída’², como si describiera los despojos de una danta recién consagrada a los dioses. El bongo viajaba a velocidad de caracol al resguardo del rosario que empezaba a ser columna de galaxia. Nunca hubo sobre el Planeta una Vía Láctea tan lechosa, un cielo que la pudiera soportar ni unos ojos que no temieran quedar ciegos ante el embate del rocío. Estoy frente el Espinazo de la Noche y pienso en que si la Tierra fuera transparente, vería cada día de mi vida, a simple vista, que éste nos rodea por completo y a lo mejor sería consciente de la eternidad. Ahora el bongo va hacia el este, dirección que mi brújula registrara hace días, cuando pasamos por las bocas del Ventuari. Pero no deseo romper la oscuridad total con un rayito de linterna, ni oír otro sonido que el del hiposo runrún del motor de este lado, ni otro canto que el del agua, el de la selva con esporádicos gritos de pájaros y el secreteo perpetuo de los insectos. Los Ye’kuanas hablan en voz baja, en su lengua, y a veces ríen. No tengo idea hacia donde vamos, si llegaremos a un poblado o si atracaremos en alguna de aquellas islas donde pasaremos la noche. Sería perfecto si anduviésemos así, sin parar, sólo por sentir la suavidad del Río, en un vaivén casi nulo, por la soledad que ya no abruma ni pide nada a cambio, ni esa lágrima que de pronto hace la diferencia entre el sosiego y el sentimiento de inmortalidad. Cuando se viaja lento, la geografía intuida cambia y se hace otra con la graduación de las pisadas; el tiempo entre los puntos fijos nos lleva a pensar que éste *es* el entorno, lo *no-medible*³. Un canal de idilio nos

² Humboldt, t. III, 323.

³ En *Los pasos perdidos*, entre las posibilidades de temporales que se manejan (pasado, presente, futuro intuido, el progresivo retroceso en el tiempo, la simultaneidad), la noción de tiempo detenido escapa a los planos en los que se mueve el Protagonista, y nos hace pensar que allí el narrador se quedó corto.

obligaba a ir por el centro del río, y hasta allí, dos parejas de libélulas azules habían decolado buscando una isla secreta: una en la manga de mi franela, la otra en el filo del techo del bongo. Unidas por los extremos de las colas, su perfil aerodinámico semejava al de los alacranes pavoneados. Permanecieron inmóviles hasta que el movimiento brusco de la embarcación contra una playita en ninguna parte⁴ las hizo perderse. En una churuata pequeña de tres paredes al pie de unos árboles de toronja, guindamos los chinchorros y extendimos los mosquiteros, mientras conversábamos de manera fraccionada, pero divertida; Willy traducía para ellos aquello que de mí no entendían, y para mí el significado de sus expresiones. Entonces supe que para los Ye'kuana siempre sería 'yanadavi', el extranjero que jamás podría entender los secretos de Wanadi ni de Odosha⁵ ni ser 'hombre de río'⁶, a pesar de hacer lo que ellos hacían, de seguir sus ritmos vitales y de intentar aprender sus costumbres, su idioma, el suceso corriente de tener o no comida para ese día⁷.

⁴ Es sorprendente el conocimiento que los indígenas tienen del río. Habíamos navegado por horas en la oscuridad y para mí nada indicaba que entre esas paredes de árboles hubiese un claro donde atracar. De inmediato pensé en el Protagonista al final de la novela y en el barquero, quienes son incapaces de dar con el árbol marcado con las tres incisiones; además, es en diciembre, la época en que el río, desde octubre, ha empezado a descender, lo cual hará hasta marzo o comienzos de abril, y el narrador nos dice que sólo se podrán ver en 'abril o mayo', época que en justamente el río crece. Esta inversión de los ciclos de las lluvias en la novela es inexplicable, pues justamente cuando el Protagonista halla la puerta, el río está en un nivel que podría considerarse como el máximo.

⁵ El mito de origen de los Ye'kuanas nos lleva a los tiempos donde no había enfermedad, maldad ni guerra, donde el mundo era el cielo, donde nadie trabajaba y había comida, donde no había animales, demonios, nubes ni viento y había luz. Wanadi envió a un mensajero, un demodede, pues deseaba poblar la Tierra, donde no había nadie, y éste se llamaba Seruhe lanadi, el Inteligente. Trajo sabiduría, fumaba y cantaba, y así hizo a la gente antigua, la de antes de ahora. Pero hubo hambre y los hombres desearon cortar el árbol donde estaban todos los frutos de la tierra. Mas como el árbol estaba colgado del cielo, mandaron una ardilla para que cortara el hilo que unía el árbol con las nubes. El árbol cayó y de su tronco surgió el Roraima, y de sus frutos los frutos de la tierra, y la yuca. Una mujer, para preservar la semilla, la guardó bajo una uña, y se vino desde el Roraima sembrando la raíz cada vez, pero daba pocos frutos. Hasta que llegó a donde los Ye'kuanas, que encontraron tierra fértil. Este mito me fue narrado por Francisco Díaz, jefe Ye'kuana de Culebra, y como casi todos los mitos, este forma parte una compleja cosmogonía en la que intervienen no sólo fragmentos de distintos relatos, sino las versiones de los narradores orales (de Civrieux, 48). Italo Tedesco, en *Literatura indígena de Venezuela*, recoge otra versión. Por otro lado, Jairo Castellano, profesor de Acanaña (comunidad Ye'kuana), me dio un fragmento, aunque, además de los seres fabulosos, agregó el modo como el jaguar y el danto fueron por agua llevando un cedazo, y uno decidió comer carne y el otro, por mal oír se resignó a comer hierba. Por otro lado, para entender el mito, hay que considerar que no sólo la comunidad Ye'kuana lo ha transmitido de manera oral, sino que no ha conservado la pureza su raza ni de sus tradiciones.

⁶ La palabra 'ye'kuana' significa 'hombre de río'.

⁷ Una de las herencias de las Misiones religiosas europeas en América fue la implantación de la siembra, lo que trajo como consecuencia que muchas comunidades indígenas que tradicionalmente eran nómadas, pasaron a ser sedentarias. Las nociones de *sembrar* y *almacenar* alimentos a mediano y a largo plazo, no fue asimilada en su totalidad por muchas de estas comunidades, de modo que se asentaron, pero nunca incorporaron a su pensamiento mítico estas nociones. Por otro lado, es un hecho que las tierras de origen selvático, cuya capa vegetal es sumamente delgada para una siembra sostenible a largo plazo, no sean las más apropiadas para el cultivo o la cría de ganado, y que en consecuencia el conuco sea de carácter itinerante. Los Ye'kunas, como otras comunidades, hasta ahora no han pasado de una economía de la subsistencia a otra de mercado; además, como tradicionalmente dependían de la caza y de la pesca, no podía haber el hábito de comer a horas determinadas. Los mitos sobre el Diluvio de La Gran Sabana y de la Selva amazónica venezolana (Tamanacos: Amalivacá; Karamarakotos: Maichak; Piaroa: Pendare; Caribe: Yabarana; Puinave: Túpana; Ye'kuana: Wanadi), también son mitos del origen de los alimentos y de la necesidad del hombre de encontrarlos.

El sueño profundo y tranquilo que esperaba, no fue más que un sobresalto de una o dos horas cargadas de alucinaciones oscuras⁸. Cuando aún no amanecía, el agua empezó a chorrear por entre las hojas de palma y por un rato los insectos aceptaron el silencio de tambor que tocaba la lluvia venida de la inmensidad. Pero bajo las hojas y las grietas donde el agua no empapaba, los bichos siguieron invadiendo la madrugada, hasta que unas nubes de hielo corrieron por los declives breves de los cerros y empezaron a huir a velocidad de silencio, de frío que ningún sol podría destrabar de los dientes. Como una herradura de donde colgara un lazo, el Orinoco siguió hacia La Esmeralda, a la derecha, y a la izquierda, como si la herradura hubiera estrechado y torcido su ancho, entre clavo y clavo, salían chorrillos de sangre. De arriba llegaba el río Cunucunuma con la tranquilidad de quien nada envidia los arrestos del Orinoco. En el nudo de la herradura y el lazo, lo que al principio supuse una isla, sólo era un apartadero de la Selva, el vellón oscurecido que me empujaba hacia donde no planeaba ir. Camino a Acanaña, pensé que cada palabra guardaba un poco de calor, que cada movimiento de las nubes traería aquel rayito de ayer, que las quemazones en la piel ayudarían a que el frío se derritiera de inmediato⁹. Miré las puntas de los dedos y recordé aquel anochecer en el Pico del Águila cuando la gente fue a conocer el hielo —y aunque ahora estaba donde lo tórrido predomina—, un hielo semejante al de los Andes impedía que sintiera los dedos y que ningún recodo de mi cuerpo sirviera para desentumirlos. Un pedazo de casabe mojado en el río por donde ahora entrábamos devolvió movilidad a mi cara, como si después de haber nacido estrenara los músculos faciales. Ya no sabía cuánto tiempo había pasado desde la última comida, ya no sabía si del deseo morboso de equivocarse el paso lo había torcido demasiado, ya no sabía si algo así había vivido el Protagonista antes de hallar el árbol con las tres V; pero eso ya no importaba. En este río menos ancho de aguas enrojecidas, las murallas de basalto que me sugiriera el Orinoco, ahora, la Segunda orilla era una trabazón de árboles, arbustos, macizos, cañitos y troncos pelados por mil lluvias y mil soles de incendio solapado; y en la Primera orilla, rascacielos de hojas tupidas que, como la ceniza, aguardaban a que un dedo de agua pegara en el momento justo para desprender esas pavesas que dejarían en el Río aquella untuosidad del azafrán disuelto en agua caliente. Lucas no había querido parar en Lualaba —donde el Cunucunuma entra viniendo del este y el Orinoco sigue— ni le importó que alguien gritara que se detuviera para ver si allí había comida, como tampoco quiso que nos guareciéramos de un nuevo chubasco que se aproximaba. Sólo siguió hacia delante, por la

⁸ En Protagonista, simplemente en un perfecto estado mental al recuperar el sueño, como en épocas de adolescencia, jamás sufre de pesadillas, que en contraposición estructural deberían estar planteadas en los primeros capítulos de la novela.

⁹ Es singular cómo el Protagonista, a pesar de ser un hombre de ciudad, no sufre los rigores del clima.

Tercera orilla del río, luego cruzó en diagonal un raudal sin importancia y salimos de ese pedazo de lluvia como si entráramos y saliéramos de una caverna de hielos perpetuos. Admiraba a ese hombre que durante demasiado tiempo así el control del motor pobre para tanta carga, que se mantenía allí sentado conduciendo sin inmutarse, con el rostro extremadamente duro, decidido a seguir adelante yendo por los mejores canales de navegación, que no se arredraba ante el frío tenaz ni ante el hambre engañada que desde ayer con agua de río y mañoco.

Llegamos a Acanaña acompañados de la grita de seis guacamayos grises, de pecho blanco y collar rojo que estimulaban su gargüero antes de pasar de un árbol a otro. Y aún antes, uno de los indígenas señaló un movimiento en el agua, como si un ácido hirviera ante un poco de soda cáustica, y dijo que los caribes *sí* estaban comiendo. El agua tiene la forma de pez y de serpiente, de palma y de árboles siempre en celo, de sapitos mineros y de paujús, de estrellas del mediodía que han caído del cielo y se han convertido en espuma, claro indicio de peligros, de rocas como dalias y rosas de bronce florecidas sin tallo sobre el agua. La mayoría de los viajeros y toda la carga se quedó en Acanaña, donde había un campeonato de fútbol, pero conseguimos casabe y un poco de lapa que decidimos comer en el bongo, pues deseábamos llegar a Culebra protegidos por la luz. Pero aún era temprano en la mañana y si salíamos de inmediato, estaríamos en Culebra

antes de las tres. Mas ya había entendido que su medición del tiempo no se regía por ningún reloj, ni siquiera el de la noche y el día, pues los dos o tres días se habían convertido en cuatro y cuando alguien decía 'falta media hora' para llegar a tal parte, resultaban ser dos o tres horas; lo mismo sucedía con los desplazamientos y el clima: 'a una vuelta', se convertía en seis o siete, y si en lugar de detenernos a dejar que pasara un temporal, seguíamos y en breve hallábamos el cielo despejado¹⁰. Las moles graníticas del macizo Marawaca llegaban hasta las franjas del Cunucunuma que lentamente se angostaba, y las atravesaban por debajo del río formando

.....
Entonces supe que para los
Ye'kuana siempre sería
'yanadavi', el extranjero que
jamás podría entender los
secretos de Wanadi ni de Odosha
ni ser 'hombre de río', a pesar de
hacer lo que ellos hacían, de
seguir sus ritmos vitales y de
intentar aprender sus
costumbres, su idioma, el suceso
corriente de tener o no comida
para ese día.
.....

¹⁰ Al no haber horarios dietarios, afanes de ciudad ni una medición rigurosa del tiempo, se vive en un estado de presente perpetuo del tipo agustiniano o bachelardiano: el presente es el instante intuido.

chorros, sacando cabezas de elefante del agua. Más allá, donde el Raudal Picure anunciaba tremores en la embarcación, Lucas orilló y sin que mediara orden alguna, cada uno agarró cuanto pudo, y aún otros aperos más: supe que él atravesaría el chorro solo y con una parte de la carga, y si había suerte, lo encontraríamos a la vuelta de nuevo. La mujer tomó los atados de mercancías, los tiestos de cocina y descargó a su hijo en la laja que servía de entrada a un camino; los tres hombres que quedábamos, tomamos nuestros morrales, el resto de la carga y echamos a andar a paso largo entre árboles caídos, cariaquitos, orquídeas, arbustos y más arbustos, comunidades gigantes de hormigas, de bichos cuyo nombre no conocía. La vuelta resultó estar a casi dos vueltas completas del minuterero del reloj, y cuando llegamos, Lucas ya había reacomodado la carga y estaba sentado mirando la corriente como si el humo de su cigarrillo en algo se le pareciera. En la Segunda orilla el Duida iba levantando su coraza de granito y con ella alzaba pedazos de tierra que aún ansiaba seguir hacia aquella cima que desde allí se veía pelona, tal si las fuerzas orogénicas lo hubieran hecho de pronto, sin pedir permiso a la tierra plana. Pero más al este, entre la espuma que parecía haber sido producida en todos los chorros el Orinoco y sus afluentes, el azul de terciopelo de un tepuy me llevaba a mi primera visión del Roraima: era el Huachamaricari, recto y nervudo, el árbol recién tumbado por el hacha.

Por un caminito arcilloso cargado de abrojos, en subida y de pocas piedras secas donde afirmar los pies, y a no más de treinta pasos del embarcadero, llego a la primera churuata de Culebra una hora antes del anochecer. Las puertas y las ventanas estaban cerradas, las calles sin cemento ni alambrado se abrían entrapadas apenas por la lluvia, y la vista de dos muchachos que se me acercan, me hace detenerme un momento y pensar qué camino tomar. A la derecha, el cerro que estaba oculto desde la Tercera orilla una hora antes de llegar, se halla semidesnudo y me obliga a descargar mi morral. El Duida, desde la mitad de ese muro verde y con verticalidades de arenisca que cualquier antiguo hubiese confundido con una plancha de oro a esa hora de la tarde, el agua se desgajaba como si atrás hubiese un lago portentoso y de este lado alguien hubiera dado un golpe en el centro desde donde se escapaba una enorme cascada: Hichaca. Los niños saben donde vive Francisco y me llevan a su casa, pero antes deseo ir a la bodega y beber un fresco, comprar cigarrillos, aligerar el peso del viaje con un breve respiro. No hay bodega, y Francisco no se encuentra en casa. Veo mi billetera y sé que en adelante las cosas serán muy difíciles. Y aunque pienso que puedo hacer trueque con algunas de las cosas que llevo, éstas tampoco serán suficientes, y el dinero que me queda es justo para el pasaje en avioneta hasta Puerto Ayacucho. Pregunto no muy convencido dónde puedo conseguir comida, dónde hallar una fruta. No hay dónde. Frente a la casa de Francisco hay una churuata sin paredes, mero techo de moriche y seis soportes de dos metros, un budare de ochenta centímetros en apariencia

frío a pesar del fuego en medio de las tres piedras, y más allá, un sebucán completamente estirado, como una liebre desollada y puesta a salar. Al rato llega Francisco: es viejo y de cara gruesa, cargado de hombros y de movimientos simples. Me presento, referencio a Lucas y le pregunto si puede llevarme a La Esmeralda, donde aspiro tomar una bimotor que me regrese a Puerto Ayacucho, en cuyo trayecto veré el Autana y cumpliré con la labor encomendada, como si fuera a recoger los dichos instrumentos musicales para alguna universidad. Después de una conversación breve, vemos que mi reloj ha desaparecido, y que el dinero que llevo es una miseria. Le pregunto por la mano ensangrentada, y me dice, como si nada importara, que la hélice de un motor le ha mochado un dedo. Lo tiene envuelto en trapos y en un trozo de celofán. Cargo una farmacia en los bolsillos del morral, y aunque no sé de primeros auxilios, desinfecto el dedo y lo momifico entre gasas. Entonces me dice que no hay gasolina, el conuco está recién incendiado, y que si le regalo un cigarrillo. Pregunto si tiene comida. Dice que no, y como si todo fuera una broma a punto de estallar, dice que no hay comida, no hay cigarrillos, no hay gasolina, que no tengo dinero, que le falta medio dedo, que no hay forma de salir de allí porque su radio funciona con una pila de energía solar y que desde hace semana y media está lloviendo. Pero una vez guindado el chinchorro bajo un breve techo de moriche adornado con una pared única, veo que ha llegado el momento de entender que no hace falta mucho para que me quede allí para siempre, pues a Francisco no le ha importado que lleve dinero o no, y desde el primer momento no ha tenido empacho en pedirme que le ayude con el motor desajustado. No le importa lo que tengo, sino saber qué clase de hombre soy, si la tierra en la que me encuentro está hecha a mi medida. Y no tengo otro sentimiento del de estar completamente aislado, tan parecido al de la angustia y a la desesperación, en un lugar de la selva que nadie en la ciudad sabe han caído mis pasos. En el silencio de una lluvia que empieza aplacando el bisbiseo de los insectos cuando la noche hace invisible el mosquitero, pienso en aquellos símbolos que establecen vínculos con *mí* cultura. Los horarios de comer abarcan días. El trabajo se hace desde la madrugada, cuando la mujer trae una enorme cantidad de leña para el fuego. El dinero no sirve de mucho. Los días pueden alargarse sin detrimento de algún compromiso. La electricidad para encender una radio depende de la lluvia.

.....
En el silencio de una lluvia que empieza aplacando el bisbiseo de los insectos cuando la noche hace invisible el mosquitero, pienso en aquellos símbolos que establecen vínculos con *mí* cultura. Los horarios de comer abarcan días. El trabajo se hace desde la madrugada, cuando la mujer trae una enorme cantidad de leña para el fuego. El dinero no sirve de mucho. Los días pueden alargarse sin detrimento de algún compromiso. La electricidad para encender una radio depende de la lluvia.
.....

madrugada, cuando la mujer trae una enorme cantidad de leña para el fuego¹¹. El dinero no sirve de mucho. Los días pueden alargarse sin detrimento de algún compromiso. La electricidad para encender una radio depende de la lluvia. El almacenaje que los conucos sugieren es cosa rara y vivir sin pensar en mañana es una condición de vida. Nadie cría animales, nadie guarda para mañana. Estoy solo donde no hay modo de salir, donde he buscado llegar, pero ese llegar no tiene que ser un acto de gusto por haber llegado. Aquí es ruptura con aquello que me tiende lazos seguros. Estoy en una cárcel cuyas paredes son infinitas, donde puedo correr hacia donde desee y sin embargo me siento encadenado. Estoy en parte ninguna, donde la vida se toca con las manos y se saborea con lengua nueva, donde una vida vacía de vanidad es regla de existencia. Culebra no existe en el mapa que llevo; y es como si nunca hubiera sido bautizada, como si no existiera. He llegado donde no esperaba ir, donde el Protagonista borró las huellas del retorno, y todavía no sé si deba empezar a dejar ir, río abajo, el tema del regreso.

Caracas, 4 de septiembre de 2003. **bU**

¹¹ En el mito de Wanadi, llevar en la uña la semilla de la yuca equivale, simbólicamente, a llevar la materia prima de la vida: el fuego. En la sociedad makiritare es la mujer quien carga en un cesto a sus espaldas aguantado con una riata en la frente, la madera para encender el fuego.